

Sol de Julio

Azucena Fernández

Madrid, julio 2022 – Segunda edición

Copyright: Azucena Fernández

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798593203144

Imagen de portada JMC – MAFC

Diseño de cubierta: Germancreative

A Toto.
La mejor tía que uno puede tener.
La que nos mantiene unidos.

*Quién tuviera veinte años
Para volver a soñar.*

Antonio García Chávez

Prefacio

Cuando empezó el verano de 2001 lo tenía todo planeado. Dónde iba a ir, con quién iba a pasar cada día y hasta qué cosas concretas quería hacer. Si hubiera tenido más tiempo para idear y menos exámenes, es probable que hubiese decidido hasta qué conversaciones iba a mantener. Porque así era yo a los dieciocho años. Tenía que tenerlo todo calculado al milímetro, mi cabeza funcionaba casi con vida propia intentando plantear todas las posibles situaciones a las que me fuese a enfrentar para que no hubiera demasiadas sorpresas.

La idea era sencilla: pasar seis semanas en la casa familiar con mis primas y mi tía, a las que adoraba. Mañanas de mar y tardes de piscina con charlas hasta altas horas de la noche y mucho relax. Películas, juegos y disfrutar del tiempo en compañía. Dicho así no suena muy prometedor ni original, pero a mí me parecía lo más.

Por aquel entonces no había descubierto que, por muchos planes que hagas, luego viene la vida y decide sin tener en cuenta tus prioridades.

No llevaba ni cinco días en la casa cuando él apareció. Y digo apareció en el más amplio sentido de la palabra, porque entró por la puerta y desde ese momento nada fue igual. El verano que todas esperábamos no fue el que tuvimos.

Si el día que llegué a la casa de la playa hubiese visto todo lo que se avecinaba para ese verano por una rendija espacio temporal (acabo de inventarme ese concepto) me habría reído a carcajadas pensando que algún hado del futuro me estaba tomando el pelo.

Uno

El final del curso llegó y con él las vacaciones de verano. Cogí la mochila, me acerqué a la mesa del profesor, entregué el examen y salí lo más rápido que pude del aula. Por fin había acabado el último examen, terminaba mi primer curso en la universidad.

Antes de pisar por primera vez la facultad me había imaginado que el primer año me traería mucha gente nueva que conocer, fiestas a las que ir y, tal vez, alguna que otra cita, pero la realidad al final no tuvo nada que ver con lo que había imaginado. El curso había sido una sucesión de días muy tranquilos, con mucho que estudiar y casi sin tiempo para nada más. De todas formas, como toma de contacto me parecía que no había resultado mal.

Por el camino hacia la salida del edificio, mientras caminaba por los pasillos, pensé que las vacaciones de ese año iban a ser especiales para mí porque los planes que tenía para el verano me gustaban.

El calor había llegado hacía varias semanas a Córdoba. El sol a esas horas de la mañana empezaba a molestar, así que encontrar una sombra al salir a la calle fue un verdadero alivio. Me acerqué a mis compañeros de clase que se habían colocado muy cerca de la puerta de la facultad bajo un árbol gigante, estaban dando un repaso a las preguntas que habían caído, a mí no me apetecía saber nada más de latín en un buen tiempo. Hice como que escuchaba y prestaba atención, asintiendo, pero en realidad estaba dándole vueltas a todo lo que debía hacer ese día.

Entonces vi a lo lejos a Jai, mi amigo del alma, acercándose. Me dio una alegría terrible.

Jai viene de Jaime, que a mí me suena estupendamente. Jai había estado a mi lado desde siempre, nuestras madres eran vecinas y también amigas, y desde que éramos muy pequeños, mientras ellas se juntaban para lo que fuese, nosotros jugábamos juntos.

En realidad, hacía unos cuantos años que, más que jugar, charlábamos y nos contábamos nuestras vidas. No recuerdo el momento en el que pasamos de dar saltos en la piscina o picarnos con el *Mikado* y la *Play* toda la tarde, a ese otro en el que nos contábamos cosas como quién nos gustaba o nos imaginábamos nuestro futuro.

Lo observé mientras se acercaba y me fijé en el estirón que había dado ese curso, costaba reconocerlo, pensé que, si no fuese porque nos veíamos mucho, casi cada semana cruzándonos por el barrio (su piso de estudiante quedaba cerca del mío), tal vez ni me habría dado cuenta de que era él el que caminaba hacia nosotros.

Cada vez que me lo encontraba tenía la sensación de que era un nuevo Jai el que aparecía ante mí; que si se cortaba el pelo en plan modernito, que si solo se vestía de negro (a juego con su pelo), que si se dejaba perilla. Ese día llevaba unas gafas de sol oscuras, parecía un auténtico malote, pero yo sabía que todo era fachada.

—¡Jai! ¿Qué pasa? ¡Qué alegría! —le dije, acercándome.

—¡Julia!

Su cara se iluminó al verme y nos dimos un abrazo de esos que se dan los amigos, largo y confortable. Eso era así. Aunque nos viésemos a menudo siempre era como si fuese la primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¿Ya te vas? —me preguntó.

—Sí, esto se está quedando vacío y quiero recoger todo lo que tengo en el piso y salir esta tarde para el pueblo.

—Te acompaño, así charlamos. Te llevo la mochila, que seguro que con el diccionario de latín pesa un quintal.

Asentí sonriendo y él agarró una de las tiras de mi mochila y se la colgó.

—Gracias. ¿Vamos?

Me despedí de mis compañeros y empezamos a caminar por las calles estrechas de la judería. Aquel día todos íbamos «al Piso», como si fuese un nombre propio. Casi todos los universitarios en aquella ciudad compartíamos piso, vivíamos apiñados de cuatro en

cuatro o de tres en tres en alojamientos pensados para estudiantes. Eran muy cutres y muy antiguos, llenos de defectos que los dueños nunca reparaban, pero a nosotros nos valían. A mis compañeras y a mí el nuestro nos había quedado precioso llenándolo de *posters* de famosos y famosas, de películas, de fotos de gatitos, y decorándolo con colchas de colores y cubre sofás de segunda mano muy alegres.

—¿Te quedas hoy en Córdoba? —le pregunté.

—Sí, esta noche voy a salir por aquí antes de volver.

—O sea, que no te veo en el bus.

—No. Mis compañeros se han puesto muy pesados con que hay que celebrar que es la última noche. No he podido decir que no —dijo encogiéndose de hombros.

—Ya, ya, seguro que te ha costado horrores aceptar salir de fiesta —le contesté, riéndome.

—¿Qué tal el examen? —Me observó muy atento.

—Bien, apruebo seguro, nota no sé, podría ser... un siete, a lo mejor un ocho.

Me había salido muy bien para no haber estudiado casi nada. El último examen da siempre mucha pereza, eso es así.

—¿Ves como no tenías que estar tan nerviosa? —Me dio unos golpecitos en la espalda.

—Decir eso ahora es muy fácil —protesté.

—Bueno. Ya pasó. Ahora a pensar en otras cosas. ¿Este verano te vas fuera todo el mes de julio de verdad? —Se retiró el flequillo de los ojos con el dorso de la mano.

—Sí, ya te conté, ¿no? Me voy el mes de julio entero y dos semanas de agosto.

—Sí, sí, me lo dijiste. A la casa de la playa.

—Exacto, cerca de Málaga pero en medio de la nada, ya sabes.

—Sonreí. Me encantaba la playa.

Andábamos despacio. Nos paramos un instante para dejar pasar un coche antes de cruzar la calle y después seguimos.

—¿Sabes tú? Nos vamos a ver allí. Mi madre me ha dicho que este verano se van a la playa ella, mi padre y mi hermano, por lo menos tres semanas, así que me uno. Estaremos muy cerca.

—¡Qué alegría me das! —grité aplaudiendo un poco — ¿Vendrás en julio o en agosto?

—Agosto. —Sonrió.

No me lo podía creer. Iba a pasar el verano con mi tía y mis primas favoritas en la casa de la playa y además no iba a faltar mi amigo. Sería estupendo.

No tardamos nada en llegar a mi piso porque quedaba muy cerca de la facultad. Nos detuvimos un momento en la puerta.

—Muchas gracias por acompañarme. Pásalo bien esta noche — dije. Recuperé la mochila y me la volví a colgar.

—Lo intentaré. Que vaya bien la recogida de trastos.

Me reí. Lo había dicho porque sabía que odiaba recoger y ordenar cosas. Saqué la llave y abrí el portal.

—Hasta agosto, amigo Jai.

—Hasta agosto, amiga Julia. Hablamos, ¿vale?

—¡Claro, claro!

Me guiñó un ojo antes de que me diera la vuelta.

Lo de llamarnos amigo y amiga el uno al otro era muy cursi, lo sabíamos y nos encantaba.

Subí al piso y recogí mis cosas a toda prisa, quería salir de allí, sentir que el verano empezaba.

Cuando llegué a última hora de la tarde a mi casa, después de un viaje de una hora en autobús, durmiendo, estaba cansadísima. Había ido cargando con varias bolsas, una mochila y con dos maletas a rebosar de chismes que sabía que no iba a utilizar nunca más.

—¡Ya está aquí la niña! —le gritó mi madre a mi padre al verme entrar por la puerta— ¡Qué guapa estás!

Esto mi madre me lo decía incluso aunque me hubiera dado por vestirme con un saco de patatas, palabra. Mientras hablaba me

abrazaba y me liberaba quitándome alguna de las bolsas, yéndose después vete tú a saber dónde con ellas. Mi madre iba divina, como siempre, vestida como si estuviera a punto de salir a una fiesta. Así era ella.

—¡Julia! —dijo mi padre, y se acercó con los brazos abiertos. Al ver que iba tan cargada, en vez de abrazarme me ayudó a deshacerme de todo poco a poco.

Mi madre volvió, yo no podía dejar de hablar contándoles que me moría de cansancio y que había tirado casi la mitad de lo que tenía en el piso, porque, ya se sabe, las cosas son solo eso, cosas, y ellos me iban dando pequeños empujones cariñosos para que avanzara por el pasillo.

Me esperaban con una tortilla de patatas ya colocada sobre la mesa para cenar. Habían puesto el mantel bueno, un mantel azul brillante que sacábamos solo en ocasiones especiales. Cada año, desde que recordaba, mi último día de curso cenábamos tortilla de patatas —con cebolla— con el mantel bueno. Era nuestra forma de decirle hola al cambio de rutina. Uno de nuestros rituales.

Devoré mi parte casi sin mediar palabra y, cuando terminé, me repanchingué en el sofá. Observé el desorden del salón, lleno de libros a rebosar, y me dispuse a contarles las novedades, mientras me escuchaban muy atentos terminando sus cervezas.

No podía evitarlo, con ellos siempre me daban muchas ganas de hablar, siempre quería contárselo todo, y había ocasiones en las que tenía que recordarme a mí misma que eran mis padres y que dar demasiada información a veces no era bueno.

A mi madre le encantó la noticia de que Jai también fuese a pasar unos días en la playa, cerca de nuestra casa. Mi amigo le caía bien de verdad porque reunía dos de las características fundamentales para caerle bien a mi madre: tenía muy buenas notas y ella conocía a sus padres perfectamente.

—Vas a tener un buen verano, ya verás, otra vez las tres primas juntas como antes, maravilloso —dijo mi madre.

Quería irme con mis primas y mi tía a la casa de la playa, claro que sí, pero pensar en pasar casi todo el verano con ellas se me antojaba a la vez excepcional y preocupante. Aunque eran las mejores primas y las mejores personas que había sobre la faz de la tierra y me apetecía estar con ellas, a veces pensaba que podría ser que empezásemos a llevarnos mal. Eran más semanas de las que nunca habíamos compartido.

Mientras mi madre hacía una disertación sobre las virtudes del verano, estuve pensando que todo era más triste de lo que nos gustaría porque mi abuela había muerto hacía tres años. No les dije nada de lo que me acababa de venir a la cabeza.

Mi abuela, la madre de mi padre, había sido una mujer espectacular, la más divertida del mundo, la que hacía las mejores natillas y la mejor carne en salsa, la que te contaba las mejores anécdotas de cuando la guerra y la que siempre sabía qué decir si tenías un mal día. Y ahora ya no estaba y las primas nos íbamos a juntar todas en su casa, sin ella.

Esa era la peor parte.

Menos mal que íbamos a estar con la tía Clara, la mejor tía que uno puede tener; era como la abuela en joven, se parecían mucho. Me había animado a ir sobre todo por ella. Y por estar con mis primas que eran mis seres favoritos del mundo junto con mi tía, mi madre, mi padre y Jai. Menudas eran mis primas, unas auténticas *personajas*.

Dos

A la mañana siguiente, en mi habitación, entre cortinas rosas y un montón de peluches, mientras me disponía a preparar la maleta para pasar medio verano en la casa de la playa, sentía un cosquilleo de emoción en el estómago.

Cuando casi lo tenía todo listo mi móvil sonó. Era mi prima Carmen, la pequeña, mi prima favorita. Mis dos primas siempre han sido geniales, pero Carmen... me encantaba esa niña.

—¡Julia, hoy es el día! —gritó en cuanto descolgué.

—Carmen, ¿qué pasa? ¿Y esos gritos?

—No pasa nada, no pasa nada, es que me he puesto muy nerviosa y tenía que hablar ya contigo, no me he podido esperar a llegar a la casa. Mi madre no para de perseguirme diciendo lo que me tengo que llevar y me he escondido en el armario a ver si se le pasa.

—Ah, te escondes en el armario y desde ahí te pones a gritar bien fuerte. Seguro que no te encuentran.

Risas y más risas las dos.

Carmen decía que no sabía qué llevar en la maleta, así que hicimos un breve repaso de todas las situaciones que creíamos que nos podíamos encontrar allí. Teniendo en cuenta que era una casa en medio de la nada, cerca solo de un pueblo pequeño, decidimos que íbamos a llevar sobre todo ropa de piscina y de playa, ropa cómoda, vamos, y un par de vestidos cada una por si teníamos que ponernos alguna tarde o alguna noche medio elegantes.

—No me puedo creer que vayamos a pasar todo el verano juntas las tres con la tía Clara. ¡Estoy emocionadísima! —dijo Carmen.

—Yo tampoco me lo puedo creer ¡También estoy muy nerviosa!

Levanté tanto la voz que mi madre se asomó por la puerta de la habitación levantando una ceja. Agité la mano indicándole que todo iba bien, y salió riéndose.

—No paro de pensar que va a ser raro, porque no está la abuela y eso —añadí.

—Vamos a echar mucho de menos a la abuela, jo, pero creo que si ella supiera que vamos a estar allí juntas se pondría muy contenta. ¿No te parece?

—Sí. Eso mismo estuve pensando anoche.

Mientras hablaba con mi prima, intentaba sin mucho éxito ordenar la ropa en la maleta.

—Además, estaremos con la tía Clara. Sabes que eso es lo mejor de la vida.

Carmen era la positividad hecha persona. A todo era capaz de sacarle el lado positivo. Si te caías y te partías una pierna podía decir que la parte buena era la nueva experiencia y que no te habías roto la cabeza.

—Hace mil que no nos vemos, todos los años diciendo que eso no va a ser así y al final, mira, más de dos años, casi tres —dijo.

—No tenemos perdón, Carmen, de verdad que no.

—Fíjate lo que te digo, hace tanto que no nos vemos que a lo mejor ya no somos ni las mismas.

Yo ni había pensado en que mis primas podrían haber crecido y en que todo cambia, Carmen siempre estaba en todo, era de lo más viva.

—A ver, a lo mejor no somos las mismas, pero somos nosotras, ¿o no somos nosotras? —seguí diciendo.

Dejé de ordenar y me senté en el borde de la cama.

—Claro, somos nosotras, pero podemos ser nosotras y ser personas distintas —intentaba explicarse. Yo sonreía mientras la escuchaba, la estaba entendiendo, solo quería fastidiarla un poco—. Ya paro. Vale, aceptaremos que somos nosotras y que eso es lo más importante y dejo la filosofía. —Nos morimos de risa otra vez—. Lo que digo es que este año vamos a ser más maduras para estar a la altura de lo que la tía Clara espera.

Lo decía ella, un mico que acababa de terminar el instituto.

—Esperemos ser capaces de estar a la altura.

—Importante, Julia: no te olvides la ensaladilla.

Escuché una risilla.

—No se me olvida, Carmen, es lo primero que me ha dicho mi madre esta mañana al levantarme, que mi padre ya ha hecho la ensaladilla. Lo tengo todo preparado. Bueno, me voy a terminar la maleta, te veo luego.

Nos despedimos y colgué entre risas. Muchas veces había que pararla o las charlas podían ser infinitas, éramos capaces de pasar horas y horas hablando, ella muy deprisa y sin cansarse. Menos mal que siempre daba gusto escucharla.

A media mañana, cuando tenía la maleta casi lista, hasta me temblaban las manos ligeramente, como si fuese a hacer algo grande. Mi padre entró en mi habitación.

—Julia, vámonos ya, ¿no?, llevo un rato esperándote. Quiero volver pronto a casa esta tarde y que me dé tiempo de hacer algo.

—¡Sí, sí, ya voy, casi estoy!

Mi madre entró también.

—¿Lo llevas todo, te ayudo a terminar la maleta? —preguntó.

—No, mamá, con dieciocho años creo que soy capaz de hacer una maleta sin que nadie la revise. —Le sonreí.

—Tienes toda la razón. Vale, pues en la mesa de la entrada tienes una bolsa con la comida. No te vayas a ir sin llevártela.

—Tranquila, mamá, ahora mismo la cojo.

Agarré la maleta, me colgué una mochila, cogí la bolsa con los *tuppers*, le di un beso y nos despedimos suspirando. Las dos suspirábamos mucho si nos juntábamos. Era marca de la casa.

Mi padre se ofreció a llevarme la maleta hasta el coche, la guardó en el maletero, nos despedimos de mi madre y emprendimos el viaje hacia la casa de la playa.

Pasamos el camino escuchando sus CD de música y cantando juntos todas las canciones que nos sabíamos, porque así era como nosotros íbamos siempre en el coche, cantando a dúo. Él cantaba de maravilla, era todo un tenor lírico, lo mejor que he oído nunca.

Por el camino paramos en el área de descanso de una gasolinera para comernos unos bocadillos que mi madre nos había hecho y, cuando nos dimos cuenta, estábamos viendo el mar.

Me acerqué a la ventanilla, sentí la humedad y olí la sal, noté la misma sensación pegajosa de otros veranos y el mismo sabor en la boca. Esto sí que era verano. Los mejores días de verano del mundo eran siempre los que pasábamos en la casa de la playa.

Había barquitas de colores varadas en la arena muy cerca de la casa. Cuando las vi supe que estábamos llegando. En cuanto mi padre detuvo el coche salí corriendo y lo dejé aparcando. Mis primas me esperaban sentadas en el porche y se levantaron al vernos llegar.

La casa tenía dos plantas, las paredes encaladas en blanco y un tejado cubierto de tejas de barro al que algunas noches nos subíamos a tomar el fresco. Era muy sencilla y estaba justo como la recordaba.

—¡Siempre eres la última! —dijo Carmen en cuanto estuve cerca. Me abrazó tan fuerte que casi me tira al suelo—. ¿Traes la ensaladilla?

Qué humor tenía esta niña.

—Sí, Carmen, la traigo, no te vas a morir de hambre esta noche, mi padre ha hecho el doble de lo que hace siempre, por eso de que ya somos mayores y comemos más, ya sabes. —Le saqué la lengua y le enseñé el *tupper*, gigante.

Lola también me abrazó muy fuerte. Estaba muy cambiada, tenía el pelo más claro y más largo que nunca y sus ojos parecían todavía más enormes. No se podía ser más guapa de lo que era mi prima Lola. Fue un momento largo de besos, abrazos, achuchones, empujones y risas.

—Julia, no hemos ni entrado a la casa, nos hemos quedado en el porche hasta que llegaras para entrar las tres juntas —me informó Lola.

—Como manda la tradición —añadió Carmen.

—Como manda la tradición —repetí—. Muchas gracias por esperarme, chicas.

Mi tía Clara, que oyó el jaleo de nuestra llegada, salió a saludar. Su larga túnica blanca bailaba con el viento, su pelo era muy oscuro, casi azul. Lo llevaba muy cortito peinado hacia atrás. La abracé muy fuerte y le di un montón de besos. Era la mejor. De verdad, era la tía más increíble que alguien puede tener.

—Julia, ¡Has crecido muchísimo! —exclamó sin soltarme.

—¡Qué va! Estoy igual, creo que lo que notas raro es que me he cortado el pelo, no es para tanto —le contesté.

Me gustaba cómo me quedaba la media melena, era la primera vez que llevaba el pelo medio corto y creía que me sentaba bien, eso sí, seguía pensando que un cabello moreno, como el mío, resultaba mucho más soso que el de mis primas, que lo tenían claro y cambiaba con los reflejos del sol.

—Y estás preciosa. Miradla, niñas —dijo, y me volvió a abrazar—. Estáis todas guapísimas. Presiento que este verano va a ser nuestro verano...

La tía Clara sabía siempre lo que había que decir para hacerte sentir bien.

Entramos en la casa y nos quedamos de pie, paradas en medio del salón. Se notaba que era un lugar pensado para una gran familia, y en aquel enorme cuarto de estar, decorado en tonos pastel, había varios sofás, un par de sillones desparejados, una mesa pequeña de cristal y otra grande de madera con sillas, en la zona que utilizábamos como comedor. También estaba allí el piano de la tía Clara, junto a una de las ventanas, cerca de la puerta.

Todas tuvimos la sensación de que faltaba algo nada más cruzar la puerta. No tuve ni que pensarlo, supe que lo que faltaba era la presencia de la abuela. Me obligué a volver a pensar que ella habría estado encantada de saber que en ese preciso momento estábamos todas juntas allí. Me esforcé, aparté la nostalgia y los colores tristes y me concentré en lo que mis primas estaban diciendo. Hablaban sobre el verano, lo que haríamos, no haríamos, y sobre el posible

reparto de habitaciones. Era muy importante acordar cómo íbamos a dormir en una casa que compartiríamos tanto tiempo para no acabar todas peleadas.

Mi tía Clara se puso a hablar con mi padre que llegó con mi maleta. Menos mal, porque si por mí fuese todo se habría quedado en el coche, no me habría dado cuenta. Le estuvo contando cómo había pensado que nos íbamos a organizar para dormir, y nosotras, mientras, cotilleábamos de nuestras cosas.

—¿No viene Francisco este año? —preguntó mi padre. Al escucharlo las tres nos callamos y nos miramos.

—No, tiene un lío tremendo en la oficina, este año no va a pasarse —contestó la tía Clara.

Siguieron charlando, poniéndose al día. Hermano mayor y hermana pequeña. Siempre se habían llevado bien, aunque me había fijado que en los últimos meses casi no habían hablado.

Cuando la tía Clara dijo que el tío Francisco no iba a venir, las tres primas suspiramos de alivio a la vez.

El marido de la tía clara, el tío Francisco, era abogado y siempre tenía casos importantísimos que resolver, y era normal que el verano lo pasase sin aparecer por la casa. Era un capullo, la verdad. Era un tío de lo más arrogante y no merecía, ni en mil años de esfuerzo, estar con alguien como la tía Clara. Tenía una preocupante obsesión con lo brillante que su coche podía llegar a estar. No sabíamos por qué razón a ella el tío Francisco le parecía bien y estaban casados. Ella era cien veces más guapa, más simpática, más lista y hasta más alta. Eso lo pensábamos nosotras tres y estaba claro que también nuestros padres, aunque nadie se lo decía nunca.

Mi padre nos ayudó a subir las maletas a las habitaciones y se despidió para volver al pueblo, dándonos antes un montón de recomendaciones importantes sobre aquella casa, en la que él había pasado su infancia. Nosotras dijimos a todo que sí y nos despedimos.

Empecé a pensar en cómo era todo antes.

Cuando mi abuela todavía vivía, nos juntábamos en la casa todos, tíos, tías, primas y primos, unas tres semanas cada verano. Hacía ya tres veranos que eso no pasaba y por eso este año la tía Clara tuvo la idea de rememorar aquellos días, al menos con las nietas de la abuela, ya que los hijos de la abuela, nuestros padres, cada vez tenían más planes propios y menos tiempo para todo. Había invitado también a los primos, pero no se habían animado, tendría que preguntarles a Lola y Carmen qué había pasado. Me imaginaba que era porque se sentían demasiado mayores para estar con nosotras.

Habíamos ido a la casa de la playa todos los veranos desde que nací, incluso antes de haber nacido, hasta que la abuela murió y pasó el tiempo sin que lográramos organizarnos para juntarnos. Sin ella, nuestros padres no creían que tuvieran que ir, y fue muy extraño sentir eso. Era triste.

Para mí aquella casa era un lugar importante en el mundo, y antes, cuando no faltábamos ni un año, me solía pasar el curso entero esperando que llegaran esas tres semanas de verano. La casa tenía muchos detalles que la hacían ser un hogar: la piscina en la que jugábamos todos juntos y pasábamos tardes enteras, las *limonages* que la abuela o la tía Clara nos preparaban, habitaciones con colchones en el suelo, el porche de madera por las noches, las escapadas al tejado, el calor asfixiante, y mis primas, siempre mis primas, las mejores del universo.

Y de repente nos encontramos con un verano por delante de lo más apetecible y con la mejor tía que se puede tener como responsable teórica de la casa. A ver, no hay que malinterpretar lo que digo, no es que creyera que fuese a ser un verano de magia ni ninguna cursilada así, era un verano con gente estupenda en un sitio estupendo. Y esto ya es mucho decir.

No solía ver a mis primas cuando no era verano, alguna Navidad que otra sí que habíamos logrado reunirnos. Nunca las tres. Sabíamos siempre que tendríamos la oportunidad de pasar esos días

juntos, y en Navidad era normal para casi todos aprovechar para pasar los días con la otra parte de cada familia. Para mí ellas eran horas de sol, protector solar con olor a zanahoria y *aftersun*, ellas eran helados, granizados, *limonages* y juegos en la piscina, charlas y confidencias hasta altas horas de la noche, risas y más risas y ganas de más.

Mientras caminábamos por el pasillo de la primera planta las iba observando, iban charlando sin parar, mis primas guapas. Las primas más guapas y más inteligentes que una persona puede llegar a tener. Cualquiera que las conociera las adoraría.

Carmen, la pequeña, era la más inquieta, nunca paraba de moverse, de charlar y de soltar gracietas. Siempre habíamos tenido una conexión especial. Cuando éramos niñas me dedicaba a peinar sus ondas doradas durante horas, como si fuese una muñeca, hablando con ella sin parar. Al encontrarnos y abrazarnos vi que ya estaba casi tan alta como yo. Había crecido mucho, pero incluso así las dos seguíamos sin ser muy altas.

Lola nos sacaba casi un palmo, llamaba la atención por su altura. Solía hablar poco, pero era una gran conversadora cuando el tema lo merecía. Con ella también me podía pasar horas y horas charlando. Cada año llegaba luciendo un precioso pelo castaño larguísimo y se volvía a casa después de tanto sol casi tan rubia como Carmen. Lola era de mi edad, también había empezado en la universidad ese año, nos llevábamos solo unos meses y por eso siempre habíamos estado unidas de una forma distinta. Me dio la impresión de que no estaba tan delgada como la última vez que la había visto, parecía más mujer y menos niña. A mí eso de ver que todas hubiéramos crecido tanto me daba un poco de rabia mezclada con perplejidad, pero ¿qué se le iba a hacer.

Cuando estuvimos delante de las habitaciones, la tía Clara habló:

—Niñas, tengo una propuesta sobre cómo podéis dormir este año. Creo que os gustará. Aunque este verano tenemos la casa entera para nosotras, os propongo que, de todas formas, las tres os quedéis en la habitación blanca, como siempre. He pensado que lo

pasaréis bien compartiendo el espacio, pero como digo es solo una propuesta. Acepto sugerencias, por supuesto.

—Yo voto que sí —dije.

—¡Sí, sí, sí, sí! —añadió Carmen.

—Por favor —pidió Lola.

Nos encantó la idea de dormir juntas otra vez, y eso que había sitio de sobra para hacerlo separadas. Mi tía nos conocía bien.

Entramos a la habitación y vimos que las paredes estaban recién pintadas de un blanco impoluto y las camas tenían sábanas nuevas de algodón también blancas, buscando que el verano fuese más fresco. Nuestra tía había guardado nuestros tesoros de niñas, los había repartido por la habitación. Encontré mi estuche de madera lleno de lápices. Los había empezado a coleccionar algún verano, tenía un montón de lápices, era una colección muy valiosa. Colocado en una estantería medio vacía estaba mi peluche con forma de flor y vimos nuestro joyero dorado, labrado. Nos gustaba muchísimo, había sido de la abuela, nos lo regaló un verano sabiendo cuánto nos gustaba.

Cómo se echaba de menos a la abuela en aquella casa... A ratos se me olvidaba que ya no estaba y me daban ganas de llamarla a gritos para contarle cualquier cosa.

—Dejo que deshagáis las maletas, cuando guardéis la ropa bajad y nos ponemos con la cena. ¿Os parece bien? —dijo la tía Clara.

—Perfecto, tita —respondí.

—Eso está hecho —contestó Carmen que ya tenía la mitad de la ropa de la maleta sacada, hecha un burullo encima de una de las camas.

En un segundo media habitación parecía una leonera. La tía Clara salió para dejarnos a nuestro aire.

—¡Me pido la litera de arriba! —gritó Carmen dando una carrera hasta la cama alta con un puñado de ropa en las manos.

Lola y yo nos miramos como si tuviéramos que pensarlo, pero sabíamos que la íbamos a dejar dormir ahí, le hacía ilusión y a nosotras nos daba lo mismo.

—Es que así estoy más cerca de las nubes, chicas —dijo.

Y las tres soltamos una carcajada. No se le daba nada bien ponerse poética.

—Y del techo también vas a estar más cerca, Carmen, del techo también, eso es precioso —contesté.

—Desde luego, Julia, qué manía de quitarle la parte romántica a todo, hija —protestó.

Y volvimos a partirnos de risa.

—Yo me pido la cama baja y tú te quedas con la litera de abajo, Julia, por favor, que si no me doy golpes en la cabeza con la cama de arriba, ya lo sabes —dijo Lola.

—Pues que así sea —repuse sentándome en mi cama, abriendo las cremalleras de la maleta.

Nos pusimos a recoger toda la ropa y a guardarla en los armarios de la habitación blanca. Mientras nos instalábamos, dejamos las ventanas abiertas y Lola puso la música de su MP3 con unos altavoces de ordenador que había llevado, para que se oyera en toda la casa. La tarde entera pasó con los Héroes del Silencio sonando de fondo, el único grupo que habíamos visto las tres juntas en un concierto alguna vez. Fuimos con nuestros padres y la tía Clara, y con todos los primos, estuvimos en primera fila las tres solas y lo recordábamos como un día memorable, nos habíamos sentido muy mayores.

No colocábamos la ropa muy rápido porque teníamos mucho que contarnos, casi no podíamos dejar de hablar poniéndonos al día sobre cómo había ido todo desde que no nos veíamos. Me notaba hasta un poco fuera de mí, el corazón me palpitaba a mil por hora.

Carmen estaba atacada porque el próximo curso empezaría la universidad.

—Me han admitido en Bellas Artes —dijo, orgullosa.

—¡Toma ya! —respondí. Y Lola lo celebró con gestos y le acarició la espalda con cariño.

—¿Novedades más reseñables, Lola? —preguntó Carmen cogiendo unas bermudas y colgándolas de una percha.

—Poca cosa. Bueno, sí, tengo novio.

Nos echamos a reír.

—Lo dices así, de pasada —soltó Carmen—, es como, «ah, oye, yo tengo un novio».

—Más o menos, eso es. —Lola se echó a reír.

—¿Y tú, Julia? ¿Cuál es tu gran novedad?

—Ninguna. Cero. Ah, espera sí, esta es buena: mi amigo Jai va a venirse unas semanas al pueblo de al lado, con sus padres y su hermano.

—Espero que lo veamos, me cae bien —dijo Carmen.

—Es majó —añadió Lola ordenando bikinis—, aunque bien bien no me acuerdo de él. Pero así, en general, recuerdo que las veces que hemos coincidido ha sido simpático.

Me encantaba la habitación blanca y a Carmen y a Lola les gustaba mucho también. Era la habitación con mejores vistas de la casa, aunque no fuera la más grande, y nosotras no necesitábamos más espacio. Desde la ventana se veía el mar, casi era parte de la decoración, y habíamos dormido juntas en aquel cuarto desde que éramos muy pequeñas.

—Que sepáis que ya no hablo cuando duermo —informó Carmen abriendo mucho los ojos, en aquel momento parecían más claros que nunca.

—No te lo crees ni tú, Carmencita —se burló Lola mientras colgaba un vestido corto en una percha del armario.

—Vas a tener casi dos meses para comprobarlo —le contestó muy segura de sí misma—. Y no me llames Carmencita, Lolita, sabes que no lo soporto —protestó. Encogió los ojos mirando a Lola.

—¿Os queda mucho, niñas? —preguntó con suavidad la tía Clara desde la puerta—. Cuando terminéis de colocar la ropa, bajad, por favor, que tenemos que preparar la cena.

Y desapareció otra vez bajando las escaleras haciendo mucho ruido con sus chanclas plateadas.

La tía Clara no tenía hijos, así lo había decidido, y nosotras éramos sus niñas desde que nacimos. Todo el mundo adoraba a la tía Clara y por eso ni nos lo pensamos cuando nos llamó para contarnos el plan. Había sido una buena idea porque las tres éramos más o menos mayores y era el momento perfecto, antes de que la vida empezara a no dejarnos pasar grandes veranos en libertad, como todas íbamos viendo que les solía pasar a los demás seres humanos que conocíamos conforme crecían.

Colocamos toda la ropa junta porque teníamos la costumbre de compartirlo todo sin tener que pedir permiso a las demás para ponernos algo, lo que hacía que los días que pasábamos en la casa tuviéramos unas pintas curiosas.

Casi sin darnos cuenta llegó la noche y oímos cómo la tía Clara nos llamaba otra vez para que empezara el *momento cena*. Sí que tenía paciencia. Más que una santa.

Nos sentamos a cenar en el porche, en la misma mesa de madera que ya usaban nuestros padres cuando eran niños, la dejamos bastante mona con unas velas que pusimos y uno de los manteles antiguos bordados a mano por la abuela. Las sillas eran todas diferentes, en tamaño, forma, color y altura.

La lasaña marinera que Lola cocinó estaba espectacular, Carmen había llevado una empanada de atún riquísima y la ensaladilla de mi padre había quedado perfecta. Retiré mis guisantes y Carmen se los comió, y la tía Clara nos animó a todas a echarnos vino tinto en las copas de gaseosa por primera vez. Mientras cenábamos, nos estuvo contando cómo habían sido sus días de preparación de la casa.

—Y tuve que comprar más litros de pintura, pero ha sido tan divertido que se me han pasado los días volando.

Cuando la tía Clara hablaba era mágico, el ambiente se calmaba y todo el mundo se ponía de buen humor solo con escucharla.

Carmen no paraba de repetir lo mucho que le gustaba la habitación blanca y dormir con nosotras.

—Es que me moría de ganas, chicas, de verdad, llevo dos noches sin dormir, y parecía que nunca llegaba el día. Por fin, ya estamos aquí juntas. La habitación está preciosa, tita Clara, aunque no la recordaba tan pequeña, será que nosotras hemos crecido. Pero me encanta. ¡Me encanta! —exclamó, y dio un sorbo de tinto—. ¡Qué rico todo!

Lola no decía ni una palabra, sonreía mucho y miraba de vez en cuando el móvil mientras se tocaba despistada el pelo. Me imaginé que estaría mandando mensajes a su novio. Con la sensación de que la convivencia iba a ir bien, terminamos la cena.

Cuando logramos que la cocina estuviera limpia y recogida, Carmen, Lola y yo nos pusimos a jugar una partida del Uno en el salón con todas las ventanas de la casa abiertas. Nos sentamos en el suelo alrededor de la mesa baja de cristal mientras bebíamos una de las famosas *limonages* de la tía Clara. Las *limonages* eran agua con limón y azúcar, para nosotras eran lo mejor del mundo, lo más refinado, y tenían sabor a verano. Nadie sabía de dónde había salido el término, *limonage*, que pronunciábamos tal y como suena, *li-mo-na-ge*, con «g».

Mientras, la tía Clara leía un libro y tomaba una copa de vino tinto sentada junto a una de las ventanas y, de vez en cuando, participaba en nuestras conversaciones o nos enseñaba trucos para ganar al Uno.

Fue una primera velada decente. La noche era cálida y silenciosa y el mar se podía oír desde las ventanas del salón. Nos miré e imaginé que éramos como una película de nosotras mismas, con una imagen así casi perfecta, y esto me puso un poco nerviosa porque empecé a pensar que todo se podía estropear y me agobié mucho. Intenté dejar de darle vueltas a eso.

—Os he ganado otra vez, ya van cuatro —dijo Lola—. ¿Nos vamos a la habitación?

Lola nos ganaba casi siempre. Era una máquina con el Uno.

—Yo no tengo sueño, ¿subimos y charlamos un rato? —propuse.

—¿Me puedo apuntar a la charla nocturna? —preguntó la tía Clara.

Las tres contestamos casi a la vez.

—¡Sí!

—Hoy no voy a dormir de ninguna forma, estoy histérica con el viaje, con la casa, con vosotras y con todo —dijo Carmen.

—Pues venga, vamos arriba —contestó Lola, y se levantó.

Todos los años, la noche del reencuentro la tía Clara se venía con nosotras pasando de los adultos y acababa contando historias de miedo. La escuchamos atentas y pasó lo que pasaba siempre, que cuando terminaba con los cuentos escuchábamos ruidos en la casa y teníamos miedo, pese a que la lógica y la tía Clara nos dijeran que era el viento y que la casa, siendo tan antigua, sonaba así.

No dormí casi nada aquella noche, me costó muchísimo coger el sueño por los nervios, pero no me preocupé, estaba donde quería estar con quien quería estar.